

# Bogotá desde arriba



**Santiago Rodríguez Tarditi\***

*papafrita36@yahoo.com*

Mientras Bogotá aún bosteza y limpia sus lagañas, entre grises cielos que dan paso a tenues azules, inmersa en un frío soportable sólo para celadores momificados en ruanas y bufandas, un recoveco del barrio Rosales ya está despierto. A la altura de la calle 70 con avenida Circunvalar, los cerros orientales se abren paso entre edificaciones suntuosas que albergan algunas de las familias de estrato más alto de la ciudad para dar paso a una trocha que pocos conocen.

Después de vencer el sueño, el siguiente paso es vencer la Circunvalar. Por tandas o solitarios, varios caminantes uniformados con pantalonetas, sudaderas, botas y tenis, algunos acompañados por sus perros y ayudados de bastones montañistas, se paran nerviosos ante su primer cruce. Por el costado occidental de la avenida pasan fulminantes automóviles y buses que dejan al peatón segundos vitales —literalmente— para lograr esquivar los carros que sobrepasan el nivel de velocidad y así acortar la primera brecha. Los primeros en atravesar se quedan mirando desde el separador a quienes se quedaron rezagados, y vuelven a bostezar. Pero ésta vez es uno de esos bostezos obligados —de esos que no calman el sueño ni denotan el hambre— es un bostezo de nerviosismo que manifiesta soberbia, que intrínsecamente señala al quedado y le dice: *“Voy ganando en la subida, qu’hubo, pues”*. Obligados a cruzar en milésimas, los demás llegan al separador donde las cosas se empatan, y el segundo carril se cruza cabeza a cabeza, sorteando buses que se bambolean en las curvas mal tomadas.

Desde una de esas curvas observaba cómo paulatinamente la ciudad emperezada iba tomando su propio ritmo dinámico hasta convertirlo en caos. Eran ya las 6:45 a.m. y la cita con mis compañeras de subida era a las 6:30 a.m. Mis nariz y mis manos heladas retomaron

▷▷ \* Estudiante de Ciencias Políticas de la Universidad de Los Andes. Actualmente hace su práctica en la revista SOHO. Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

calor con el pitazo de un Mercedes-Benz nacarado que portaba a tres jóvenes señoras. A lo lejos me abanicaban con sus manos, como en señal de “disculpa por la tardanza”. ¿Por qué siempre hay que esperar a las mujeres?

### ♦ La Vieja, monte arriba

Y aunque la espera no había sido porque se estaban maquillando o emperifollando, del carro descendieron unas señoras ‘pinchadísimas’, aun cuando sus pintas no fueran las más sofisticadas y serían comunes en uno de los gimnasios de la zona (por más austera que sea la pinta, en Rosales la sangre azul es innegable: se lleva por dentro). Claudia, Ana y Annie, quienes se conocieron en noviembre del año pasado justamente en la montaña, estaban listas para arrancar el ascenso hasta la cima de los cerros orientales. La quebrada La Vieja atraviesa Rosales y crea un riachuelo transparente que baja puro y diáfano por la falda de la montaña, de igual forma guía en la subida a los caminantes por entre un camino quebradizo, enfangado y pedregoso que varía a medida que se avanza. Ellas odian los gimnasios. Odian tener que oír la música de otros, caminar sin avanzar, oler el sudor de los de al lado y la eterna comparación entre asistentes; una competencia narcisista y ególatra. Según ellas, en la subida por los cerros se hace la misma cantidad de ejercicio que en un gimnasio, y se tiene la ventaja de estar en un ambiente tranquilo y familiar, donde todo el mundo es igual y no hay que preocuparse por mantener una buena imagen. La montaña da igualdad. Por encima de Rosales, nadie tiene estrato. Pronto entendería que no es así.

Apenas empezamos a subir, ya venía bajando mucha gente; la mayoría sube desde las 6:00 a.m., minutos después de que los guardabosques delegados abren la reja de entrada a la reserva natural. Aun cuando hay un enorme letrero impuesto por la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá que prohíbe la entrada a la reserva natural, todos los días la reja se abre a manos de los guardabosques afiliados, y a las 9:00 a.m. se cierra. La gente que recorre la montaña ya se conoce entre sí; todos viven en el barrio, se han visto en comidas, o son *“gente bien, de las familias de toda la vida”*. Habiendo avanzado poco, ya hemos tenido que parar varias veces a saludar a aquellos que van de bajada. Por momentos parece un club campestre, donde los socios se encuentran en el turco los domingos y se dan el buenos días con una falsa sonrisa. Incluso de bajada vienen los directivos de uno de los colegios bilingües más caros y prestigiosos de Bogotá, entre ellos, un estadounidense sudado y afanado pues las clases están por comenzar.

Claudia y sus amigas llevan unos cuatro años subiendo por este camino y por otro alterno que arranca algunas cuadras más al norte; escogen uno u otro dependiendo de qué tanto tiempo tengan a su disposición y cuán extenuante quieren que sea el recorrido. Se sabe de gente que sube hace más de 30 años, e incluso hay un señor que sube descalzo. Hacía unos tres meses que no tomaban esta ruta, más larga y menos empinada, y se toparon con caminos adoquinados, escalinatas entabladas y canaletas a los lados: una pavimentación del monte. No les gusta, pues se pierde el sentido de estar caminando entre el bosque. De

la nada bajan tres personas sudando con radioteléfonos en la mano. Detrás de este patrullaje viene uno de los empresarios azucareros más importantes y adinerados del país. Nos explica que el alcalde Luis Eduardo Garzón está adelantando obras para articular caminos por los cerros de la ciudad, interconectando los diferentes montes con senderos mejorados hasta llegar al cerro de Monserrate. Claudia se nota intranquila. No quiere que el camino se llene de gente, y mucho menos de atracadores que puedan atentar contra los deportistas. Seguramente a nuestro amigo empresario la preocupación ni le ha pasado por la cabeza, pues otros tres escoltas detrás de él, con radioteléfonos y lo que parecen ser armas de munición debajo de sus sudaderas, vigilan a los cuatro vientos.

Aunque sabe de varios robos a mano armada que le han hecho a gente conocida, Claudia nunca ha presenciado ni ha sido víctima de ninguno y espera que no le pase en sus próximas subidas. Sin embargo, recomienda no subir los domingos, cuando al parecer sube gente de diferentes estratos. Estos otros caminantes están privados —en el sentido de la palabra— de subir regularmente, pues no son del todo bien recibidos por quienes suben a menudo o viven por la zona. La gran parte de montañistas llega a esta ruta por invitación directa de otros escaladores, o por el voz a voz que corre entre gente conocida.

### ♦ Los guardabosques y la virgen de Rosales

O el aire se vuelve más denso a medida que subimos, o mi estado físico necesita una seria revisión, porque con cada paso que doy me siento como un futbolista en La Paz. De todas formas todos los que bajan vienen empapados en sudor, y los que van subiendo, sin aliento. Mientras le vamos dando la espalda a la ciudad, a lo lejos viene de frente una mula que carga en su lomo a pequeña con uniforme de colegio; la mamá lleva las riendas y bajan por las estepas resbalosas de la ruta. Hace seis años la señora y su esposo son los guardabosques encargados de abrir y cerrar la reja, y vigilar que no se maltrate el bosque ni que quede nadie atrás al momento del cierre. Contaron mis compañeras que la mula fue regalada por nuestro "dulce" amigo empresario; una migaja de donación por parte suya, una alegría para la niña que ya no tiene que bajar a pie los pantanosos caminos para ir al colegio.

Aunque la mayor parte del tiempo hay que mirar el piso para saber por dónde se está caminando, cada vez que uno alza la vista, la naturaleza abruma con una diversidad de colores, sonidos y olores, distintos a los que se perciben en la cotidianidad. Entre piedras resbalosas, musgos coloridos, y una inmensa variedad de árboles y helechos que adornan la empinada subida, se llega a un oasis. Claro de Luna es el nombre que se le ha dado al "parche", naturalmente deforestado, que forma un círculo por donde en el día penetra la luz del sol, y por la noche, claro, la de la luna. Continuamos nuestro camino, no sin darnos cuenta de que en aquel bache de luz, dos amigos impresionados con la visión del otro, se habían reencontrado después de mucho tiempo, o por lo menos así lo denotaban sus cálidas palabras y sus fuertes abrazos, en aquel lugar libre de obstáculos propicio para un topetazo del destino.

Inmiscuidos entre la naturaleza y la mitad de la nada, conversaciones de política, de viajes y de negocios se entrometen en la relativa calma que crean la copa de los árboles y los cantos de los pájaros, para recordarle al visitante que no es dueño de lo que ve, para rememorarle la realidad bogotana y nacional. La mayoría de la gente que sube, y lo hace a diario, sobrepasa los treinta años pero mantiene un excelente estado físico. Muchos de los que suben lo hacen por ejercicio, otros como rutina para empezar el día, algunos para despejar la mente y hacer amistades, y el resto sube a rezar.

A las 7:30 a.m. la luz radiante va penetrando entre pinos alineados como alfileres sobre una extensión arenosa de ramas secas y anaranjado follaje de pino que crean un lecho acolchonado para el cansado caminante. Pronto se despeja el bosque y da paso a un pequeño valle formado por montañas encontradas, donde el verde es ilimitado en la espesura de las plantas y la calma es inminente. Claudia cree que ese es el mejor paisaje que un país pueda tener. Ella no cambia a Bogotá por ninguna otra ciudad del mundo.

Minutos después de nuestra pausa y luego de cortos avances, se oye el fragor del mar. A medida que avanzamos entre la penumbra interrumpida por sablazos de sol, la ciudad ruge como olas que se estrellan y rompen marea contra los estáticos cerros orientales. Hemos llegado de nuevo a la ciudad, y ahora la vemos desde arriba. Justo en la cima de la montaña, en un altar de piedras al lado de una blanca cruz de madera, se encuentra una estatuilla de María Auxiliadora que abraza a un Divino Niño de yeso. La virgen de Rosales —montada por el Colegio Sor Teresa Valsé en 1977— está en el cielo, en una altura inmaculada por encima del impuro firmamento capitalino, donde la ciudad poluta no alcanza a rozarla. La santa imagen que alguna vez ayudó al Papa Pío VII a derrotar las fuerzas napoleónicas y conseguir su liberación, con sus ojos puestos en el horizonte, ni siquiera se atreve a darle un vistazo a la Bogotá de los mortales. Desde arriba yo la miro, y la oigo.